

LAURA MASSOLO

**SI LAS RAMAS  
NO ALCANZAN**

Un jurado presidido por don Andrés Ramos Vázquez,

vicepresidido por don Ángel Luis Gómez Blázquez y doña Imelda Fernández Rodríguez,

y compuesto por don Luis Mateo Diez, don Ángel García López, don Manuel Longares, don Luis Alberto de Cuenca, doña Fanny Rubio, don Ángel Basanta, don Santos Sanz Villanueva, don Ángel Luis Prieto de Paula, doña Penélope Acero, doña María Ángeles Pérez López, doña Care Santos, doña Pilar Adón, don José Ovejero, doña Cristina Linares, don Joan Tarrida y doña Clara Barbero Penas, en su calidad de secretaria del Jurado,

otorgó a la presente obra el  
XXXIII PREMIO TIFLOS DE CUENTO  
convocado por la



LAURA MASSOLO

# SI LAS RAMAS NO ALCANZAN

XXXIII PREMIO TIFLOS DE CUENTO

  
CASTALIA  
EDICIONES

 edhasa



CASTALIA  
EDICIONES

es un sello propiedad de edhasa



Diputación 262, 2º1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Consulte nuestra página web:

<https://www.castalia.es>

<https://www.edhasa.es>

Primera edición: mayo de 2023

Ilustración de la cubierta: istockphoto

© de la edición: Laura Massolo, 2023

© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2023

ISBN 978-84-9740-918-6

Depósito Legal B 8966-2023

Impreso en Liberdúplex

Impreso en España



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

«Creemos adivinar los sentimientos del otro, no podemos, por supuesto, nunca podremos. No tiene importancia. En realidad, es la ternura la que me interesa. Ése es el don que me conmueve, que me sostiene, esta mañana, igual que todas las mañanas».

Raymond Carver

## VINOS ARGENTINOS

Excelentísimo señor embajador. Taché. Será el tratamiento formal, pero, en el siglo XXI, sonó antiguo. (Tenga usted a bien venderme un zapallito. Siéntase usted en su casa. ¿Gusta usted servirse un canapé?).

No.

Estimado señor embajador. Taché.

Señor embajador.

De mi mayor consideración. Otra vez. Taché.

Señor embajador, me dirijo a usted a fin de solicitarle tenga a bien... No.

... de solicitarle su intervención en la repatriación de mi obra pictórica. Mi obra pictórica titulada. Titulada.

Estuve un rato largo pensando cómo evitar el título.

La obra pictórica de mi autoría que ha tenido el honor de ser expuesta. No.

Que ha sido expuesta durante la exposición. Redunda.

Que ha sido exhibida durante la exposición.

Me resultó muy difícil escribir la nota, pero fue lo que me aconsejaron: si no lo pedís en la embajada, nunca te van a mandar ese cuadro.

Al final, le agradecí al embajador la atención deparada

y me despedí respetuosamente. No, atentamente, no; cordialmente, Lorena Broc.

Esas notas suelen caer en el despacho de asuntos culturales y la que contesta, siempre, en nombre del embajador, es una secretaria. Además, se toman su tiempo.

Esa noche apagué el ordenador y me olvidé del cuadro.

Al mediodía encontré la respuesta del mismísimo embajador.

Hola, Lorena:

Feliz de recibir noticias de mi tierra, me dispongo a contestarte y a ocuparme de inmediato de tu asunto.

No fui a la exposición porque estuve descompuesto esos días, pero sé que resultó un éxito. Te pido disculpas.

Hoy tampoco me siento muy bien. Vengo de una de esas cenas diplomáticas en las que se supone que todo lo típico tiene que gustarte, y, la verdad, daría la vida por un buen bife de chorizo. Pero no se trata de la comida, sino de ese silencio durante el que no podemos callarnos ni un segundo y, no obstante, estamos sin decir absolutamente nada.

Extraña situación la de estar lejos.

He pedido que me remitan a otra misión, pero algunos conflictos me obligan a permanecer aquí un año más, por lo menos.

Suerte que el vino de la cena era argentino: un pinot noir mendocino de los que se quedan acariciando el paladar. No sólo tomé bastante, sino que logré que el mozo, con una buena propina, metiera dos botellitas en mi portafolio. Ahora mismo acabo de descorchar la segunda para celebrar tu mensaje.

Necesito saber cómo se llama tu cuadro así mañana, tipo mediodía, porque antes no me voy a despertar, mando a descolgarlo y te lo hago llevar en un avión. Cancillería, en Buenos Aires, se hace cargo del costo del envío, no te preocupes. Aquí nunca tenemos presupuesto.

Espero tu respuesta y te saludo alzando la copa de este buen tinto.

José

Sospeché que se trataba de una broma. Sin embargo, debajo, a modo de firma, estaba el nombre completo del embajador con el escudito de la República Argentina. Calculando la diferencia horaria, él llegaba de una cena casi a la hora de mi almuerzo.

Me levanté de la silla, prendí un cigarrillo, pensé. No podía contestarle en el mismo tono informal. Si el mensaje era del embajador, mi obligación era seguir respetuosamente desde el lugar de una artista que hace una solicitud; si alguien me estaba jodiendo, no iba a entrar en el juego.

Contesté:

Muchas gracias, señor embajador, cumplo en informarle de que mi obra se titula *Vulvas jugosas*. Agradeciendo su pronta respuesta, lo saluda atentamente,

Lorena Broc

Me fui al taller, di una clase, pinté hasta la noche, cené abajo, en el bar sucio de siempre. Me inquietaba la respuesta. Ya no era la preocupación por el cuadro, sino la



curiosidad por el tratamiento insólito del supuesto embajador.

En efecto, estaba el *e-mail*.

Hola, Lorena:

Ahora me levanto. Anoche me tomé las dos botellas del pinot noir y tengo un dolor de cabeza que ni te cuento. Ahora dudo de que haya sido argentino; los vinos argentinos jamás me dieron dolor de cabeza.

¿Querés creer que esta noche hay otra cena? Debo tener el colesterol altísimo. Pero hoy tengo cierta ventaja: me dejaron elegir el vino. No lo dudé: opté por un *malbec*.

Vamos a lo tuyo... Ejem, ¡qué titulito el de tu obra! Ja, ja, ja. No te ofendas, por favor, ya me informé y sé que sos una gran artista, así que mis respetos.

Estuve viendo tus pinturas, tus fotos. En tu blog hay algo así como alegría, colores, energía, no sé. Ahora, con ese título, en vez de mandar a alguien al predio, voy a ir en persona. Le voy a decir al encargado: ¿me da las vulvas jugosas? ¡Ja, ja, ja! Me imagino la cara del tipo y muero de risa. (No sabés cómo me duele la cabeza, tampoco debés imaginarte lo buena que es esta risa que vino de golpe, nueva, rara, distinta).

Hoy sin falta te contaré que tengo tu obra en mi poder. Y me voy a encargar yo mismo de hacer la solicitud para la valija diplomática.

Tranquila, Lorena, que las vulvas jugosas volverán a nuestras pampas.

Besos,

José

Otra vez, debajo, el título oficial, el escudito, el nombre completo.

Yo me dormía, él acababa de despertarse.

Entendí la insistencia en el tema del vino. Supuse un enajenamiento permanente. Igual, mi desconcierto era gigantesco.

Esta vez ni contesté.

El siguiente *e-mail*, a la mañana siguiente, fue más serio:

Querida Lorena:

Estoy muy impresionado con tu obra. ¡Felicitaciones! No entiendo nada de pintura ni de arte abstracto, pero logro interpretar el mensaje de altísimo erotismo que transmite tu pincel. Veo esas vulvas, las veo: son como uvas a punto de explotar, racimos de canarí que laten en medio de esos rosados intensos y voluptuosos, como si salieran de tus manos, que imagino suaves y sensibles. Tengo la tela desplegada sobre mi cama y busco fotos tuyas en internet. Es hora de irme a la insufrible cena de hoy. Estoy harto de tantos compromisos. Quizá me consuele un buen vino rosado.

Gracias por dejarme sentir todo esto, no sabés cuánto bien me hiciste: un pedazo pintado de mi sueño de estar allá de nuevo, pintado con algo de milagro, con algo de humedad quizá. Con mucho de real, de cercano, de verdadero.

Beso y abrazo.

Ese día tuve muchos compromisos. Volví tarde, cansada y con buenas noticias. Me habían propuesto la gira internacional con la «Expo-eros».

Por un momento, y con tal de terminar con ese absurdo, pensé que tal vez no fuera necesario que el embajador me mandara el cuadro: yo misma podía ir a buscarlo más adelante, pero mi marchante me advirtió que las obras que quedan mucho tiempo en otro país suelen perderse o sufrir daños, así que me di una ducha y, antes de acostarme, encendí la computadora.

El embajador me había mandado dos *e-mail*, uno más terrible que el otro.

El primero relataba, confusamente, todo lo que había comido y bebido durante la cena de la noche anterior, pero remataba en un final desesperante:

... orgullosos de servir un pescado con cabeza y con ojos. ¿Cómo vas a comerte a un animal que te mira de costado? Me espanta la muerte, Lorena, te lo confieso. Esta soledad me ha vuelto más vulnerable. Esta forma de espanto que tienen los silencios me mira con unos ojos muertos, de costado. Me rodean los silencios en medio de tantas y tantas voces que no son mías, que no son nuestras.

Hoy no voy a salir de mi habitación.

Maldigo mi gestión diplomática.

Quiero vacas, campos, mujeres hermosas como vos, un churrasco jugoso de cuadril, un mate amargo, tu compañía, este cuadro en la cabecera de nuestra cama, tu pincel en mi pecho, esta soledad que se diluye con sólo nombrarte.

Con espanto, deduje que el embajador, además de estar borracho, se drogaba con algo muy fuerte. Y yo no tenía, a esas horas, a quién denunciarlo. Pensé en llamar a la policía

o a la guardia de la embajada. Decir, por ejemplo: el embajador de Argentina en tal país me está mandando mensajes obscenos, o bien, el embajador fulano de tal me acosa sexualmente por correo electrónico, o bien, señores, uno de nuestros representantes diplomáticos es alcohólico. Imaginé un interlocutor muerto de risa. Nadie me iba a creer.

Casi con pánico, abrí el segundo *e-mail*:

Perdón, Lorena. No sé lo que hago. Algo extraño me pasó desde que recibí tu primer correo. De estar muerto a vivir y, al mismo tiempo, entender la insensatez de estar vivo deformando la verdadera voz con que quisiera hablarte. Perdón. Por ser grosero y desatinado. Perdón. Estoy mal, muy mal. Me arrepiento de haber mandado el mensaje anterior. Perdón.

Fui a la cocina y abrí una botella de vino blanco. Tomé dos copas, de golpe, a propósito, sin mirar la etiqueta.

Me hubiera gustado tener a quien llamar para contarle lo que me estaba pasando. Miré la hora y el teléfono, y me golpeó bien de frente mi propia soledad.

No dormí esa noche. Me puse a buscar fotos del embajador en la web. Encontré muy pocas, borrosas y lejanas: un hombre joven erguido entre hombres de otra raza, de otro idioma, de otro punto del planeta. Intenté ampliar las imágenes para verle los ojos, no pude. Intenté componer una sonrisa o una tristeza más cercanas. Y me sentí tonta, pueril, un poco desarmada, responsable de haber activado vaya a saber qué mecanismos a través de una distancia inconcebible.

Recordé mi paso fugaz por aquel país: el bullicio de la exposición, las pocas horas, las rarezas y las incomodidades, y, sin embargo, la ventaja de haber estado rodeada por compatriotas con quienes compartir y comentar las novedades del evento. ¿Me había sentido acompañada? ¿No fue esa vez, como fueron y son tantas otras, una ocasión más de saberme desierta, arrancada de mis hábitos, desvalida ante lo extraño?

De repente me dio la risa. Fabulé una historia de amor estallando entre dos desconocidos, cada uno situado en un extremo del mundo, cada uno instalado ante sus propios vacíos, cada uno un poco ebrio y desencajado de la realidad.

Amanecía cuando volví a la casilla de correo.

Quizá la solución sería que vinieras a buscar tu cuadro, Lorena. Puedo gestionarlo desde aquí, inventar que se requiere tu presencia, no sé, algo, cualquier excusa. Imposible recomponer el desastre de mis exabruptos de otra manera. Sé que no voy a dormir esta noche. Y sé que pensarás que estoy loco, pero, en realidad, te estoy pidiendo auxilio. Por favor, ven.

Me dio algo así como un impulso y le contesté:

José, estás loco, borracho y drogado. No voy a admitir más faltas de respeto. Estoy decidida a denunciarte. Mandame el cuadro y terminemos con esta pelotudez. Lorena.

La respuesta fue inmediata:

Al menos, ya me llamás por mi nombre.

Miré el reloj. Eran las siete de la mañana. Fui a la cocina, terminé la botella de vino y volví a la computadora con determinación asesina.

Decime la verdad, ¿quién carajo sos?

Respuesta:

Dame tu número telefónico y te explico.

No me pareció que debiera hacerlo. Estaba mareada y me dolía el cuerpo, pero la claridad de la ventana me devolvió cierta lucidez: seguro que el tipo era un *hacker* y se había metido en mi primer mensaje al embajador. Por un momento sentí terror. ¿Y si esto fuera a parar alguna vez a la embajada? ¿Cómo había consentido que las cosas llegaran hasta ese punto?

Tenía que salvar mi honor.

Escribí:

Excelentísimo señor embajador:

Temo que se haya generado una terrible confusión en nuestros correos. Es evidente que una desagradable interferencia ha desvirtuado la solicitud de repatriación de mi obra pictórica *Vulvas jugosas*. Me pongo a su entera disposición a los fines de que este equívoco quede debidamente aclarado pidiéndole las disculpas correspondientes. Mi número telefónico es el 0054-11-77...

Un respetuoso saludo,

Lorena Broc

Hice clic en enviar y sonó el teléfono.

—Soy el embajador de tu país en un país muy lejano —me dijo—. Es cierto, estoy borracho, me muero de tristeza, las ventanas son oscuras e infinitas, no entiendo al mundo ni me entiendo. Tal vez seas la mujer que esperé toda mi vida.

Quise protestar, gritar, rechazar, pero el vino me había empastado la lengua.

Él siguió:

—Mañana te va a llegar el boleto de avión. Un auto con placa oficial te va a esperar en el aeropuerto. Todo va a salir bien.

Y cortó.

En los días que siguieron, casi no abrí el correo. Los mensajes fueron a parar a la papelera, uno tras otro; incluso el de la compañía aérea.

La única mentira de esta historia me pertenece: fue, es y será la de ocultarme tras un pincel que desparrama jugos de colores, uvas reventadas entre horas solitarias. Como el día y la noche, como la humedad y la sequía, como las uniones imposibles, como la felicidad que de nuevo quiso mirarme de costado con unos ojos muertos.

Conservo, como un emblema, la botella vacía de aquel vino con el que casi alcancé la desmesura: un torrontés que quiso parecer torrente pero fue dique. También tengo mi cuadro, enrollado en la oscuridad de un armario.

El señor embajador decidió dejar de escribirme cuando constató en mí el mismo silencio que atormentaba sus días, cuando su vida y la mía volvieron a ser solo silencio.

Después, todo lo que supe de él, lo supe por los diarios.



## FIERA

Un poco fue por el impulso asesino que me despertó Gabriel, y otro poco, por mi vestimenta. Por mi vestimenta y por el cigarrillo. Por el cigarrillo y por el tipo al que se lo apagué en la cara. Por todo.

Gabriel eligió, para dejarme, el mismo bar en el que nos citamos la primera vez. Llegó tarde, muy tarde. Dijo que estaba nervioso. Estuvo cuarenta minutos sin hablar. Después, me dejó, se levantó de la silla y se fue. Sin pagar.

En principio, yo hubiera matado al mozo; por matar, simplemente. Pero me contuve y hasta le dejé propina. Me dolían los dientes de apretarlos.

Salí, me colgué la cartera y el paraguas al hombro, puse mis manos en los bolsillos y empecé a caminar en dirección al subte. Ya estaba cerrado.

El Obelisco se veía lejos; Corrientes, desolada. Yo tenía puestos esos zapatos de suela de goma y taco ancho. Los pasos sonaban contundentes, enérgicos, decididos, desde el impulso de mis nalgas enfurecidas hasta el chasquido húmedo de la vereda.

Me gusta la lluvia; en cambio, me pone de mal humor el tufillo que se levanta del piso cuando deja de llover y vuelve a reinar esa especie de calor acuoso. Sobre todo,

cuando una ha salido con zapatos de suela de goma, paraguas e impermeable y, a cierta hora, nada de todo eso sirve para nada. A cada paso, el paraguas se me clavaba en las costillas y unas estrellitas tontas me miraban desde el cielo como desde un tango.

Un tipo empezó a seguirme a la altura de Paraná. Feo, peligroso, empecinado. Yo no estaba ni para piropos ni para propuestas idiotas. Me di vuelta, me descolgué el paraguas y se lo partí en la cabeza, sin una palabra. Dos o tres personas que vieron la escena siguieron caminando como si nada. El tipo renunció a la persecución. El paraguas quedó en la vereda, roto. Dos molestias menos; los dientes, apretados.

Soy bruxómana, cosa de familia. Para dormir, me pongo un aparatito muy desagradable que no usé, jamás, durante ninguna de las noches que pasé con Gabriel. No fueron tantas, después de todo, y acababa de comprender el porqué mientras caminaba por Corrientes: el tarado tenía esposa y nunca me lo había dicho.

Cuando recordé mi aparatito me dieron ganas de llorar, porque se me había perdido en un albergue transitorio por el afán de esconderlo de los ojos de Gabriel. Lo puse debajo del bidé, me olvidé de recogerlo al salir. Más se me apretaron los dientes con ese recuerdo. Levanté mis solapas, apoyé la pera en el esternón y seguí caminando con firmeza.

Fiera. Ésa fue la palabra que vino de pronto a mi mente revolucionada. Dientes de mordedora, cejas rigurosas, ojos fijos en el horizonte de la 9 de Julio, algo entrecerrados por la falta de anteojos. ¡Fiera! El paso resuelto de mis

zapatos de goma, el paraguas destruido a mis espaldas, los puños comprimidos dentro de los bolsillos. ¡Fiera!

Y hubo algo que acrecentó mi sensación: la ondulación del ruedo del impermeable negro que acompañaba mis pasos, partiendo el aire. Bandera de guerra flameando por Corrientes a las once de la noche y un cigarrillo colgado de los labios, como encendido en otro tango. (¿Le había pedido fuego al tipo que después me siguió?).

No sé a qué velocidad puede caminar una mujer enajenada por el odio. Desde Callao a Paraná no había tenido noción del tiempo, y, desde Paraná a Libertad, no pasaron más minutos de los que necesita un cigarrillo para consumirse. De repente, el Obelisco me perteneció en toda su dimensión y en todo mi desconcierto. Lo miré, enhiesto, imponente, y supe, en ese momento, que yo era más alta, más oscura, más compacta: ganas de matar, paso rotundo, gesto fatal, el flameo del impermeable, la hora de la noche, el cigarrillo colgando de los labios y el borracho que se cruzó a mi paso, en musculosa y todo tatuado, y no tuvo mejor idea que tocarme el culo. Ahí fue cuando le apagué el cigarrillo en la cara. Pudo haber sido en la boca o pudo haber sido en un ojo, no sé, pero el ruido fue indudable: una brasa contra algo líquido. Pfffff...

Yo podía matar. Ahora estaba segura.

No me ampararía en la sutileza de Yiya Murano, envenenando subrepticamente a mis víctimas. No. Tampoco nada de Condesa Sangrienta, obsesiva desquiciada. Elegiría acciones más prácticas, más razonables, más sensatas: látigo, puñal, pistola. Bisturí. Las manos en los bolsillos y

las nalgas iracundas, inflexibles. Desde el borracho hasta el metrobús, a la parada del 9, que me dejaba en Constitución, caminé con la misma resolución, aunque con una sonrisa y ya sin apretar los dientes. Y sin fumar. Yo podía degollar, descuartizar, quemar, matar a golpes, ahogar en una bañera o en un balde, encerrar en jaulas. Podía aparecer sonriente —la pera en el esternón, las cejas severas, el brillo del desdén en las pupilas, una sonrisa leve— en la foto de mi legajo criminal. Podía destrozar un cráneo, seccionar una yugular, disparar un arma seis veces sin pausa o asesinar lenta y deliciosamente; podía guardar cabezas en bolsas, embotellar sangre, aprender a borrar huellas, acostumbrarme a los olores de la putrefacción, hacer empanadas con carne de muertos y venderlas, inyectar venenos con furia y sin remordimientos. Mis manos en el bolsillo y el impermeable ondeando en la brisa, el paso temerario y sonoro. Podía cocinar un cadáver en una parrilla, extirpar órganos, hacer dibujos con un cuchillo sobre la piel de mi ofensor (Gabriel, por ejemplo, estúpido mentiroso). Los pulmones se me habían llenado de aire, Gabriel era una nube evanescente. Podía esconder cenizas o soplarlas desde cualquier cartel luminoso de Corrientes, estallar en carcajadas mientras las cenizas se teñían de colores bajo las luces de neón. Podía enterrar pedazos de seres humanos en macetas y hasta crear jardines abonados con restos. Recordé con placer las ciento noventa y tres puñaladas que Lucille Susan Wright le imprimió a su marido después de atarlo. Y caminé más rápido. Yo era una chica homicida, una chica valiente, una chica de policiales.

El tren fue un desfile de cómplices que se internaban en el gusano negro de las vías con sus gorritas calzadas al revés y el vaho de la marihuana cantando en los vagones, mirándome de soslayo, como si las miradas quisieran penetrar la tela oscura del impermeable. La fiera, sonriente. La fiera, rígida. La fiera rezando por dentro.

Llegué a casa sin miedo. Antes, cuando volvía de mis otras noches con Gabriel, había sentido pánico al caminar por esas cuadras solitarias. Pero esa noche, no. Esa noche había vuelto a llover, y mis fulminantes tacos de goma hacían música en las veredas.

Puse la llave con decisión y, sin sacarme el impermeable, fui a la cocina, busqué la cuchilla y, de un solo trazo, rasgué mi almohada. Después, la partí en pedazos.

Después, lloré.